

PRÓLOGO
JÓSE LITTLE JOHN, MI AMIGO

Siempre he intentado no escribir sobre mi padre, Alfonso Comín, por razones obvias. Es para mí alguien tan íntimo, tan decisivo y tan importante en mi vida; tan querido por mí como muy pocas personas lo han sido y lo serán; su influencia y su ejemplo son tan evidentes e intensos en mí, que, de manera inevitable, me incomoda exponer públicamente algo que se acerque a mis sentimientos más profundos hacia él. Sólo he roto este secreto compromiso conmigo mismo en dos ocasiones, también por razones obvias: cuando me lo sugirió *El Ciervo* y ahora, cuando es José Antonio quien me lo pide.

El Ciervo fue su revista de juventud, aquella que, precisamente junto a José Antonio, contribuyó a proyectar en los años cincuenta el síntoma de un nuevo cristianismo español, comprometido con la libertad de pensamiento y con los problemas sociales de la España de la época. Con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de mi padre, siendo yo miembro del consejo de la revista, Lorenzo Gomis me propuso escribir un artículo sobre él y sobre la vigencia de su testimonio. Con un sentimiento contradictorio, debatiéndome entre el orgullo y la inquietud, acepté. Lo titulé «Amor sin tregua», para resumir tanto el significado de la vida de mi padre como, de manera implícita, mi sentimiento

hacia él. Rompo ahora mi compromiso de íntimo silencio por segunda vez, pero en esta ocasión no hay ningún sentimiento contradictorio que acompañe mi decisión. Hay sólo una emoción limpia y luminosa, hecha de alegría, de gratitud y de satisfacción. Tal es la reacción que me provoca el libro de José Antonio.

Contra lo que se podría imaginar, no estamos ante una biografía de Alfonso Comín escrita por alguien que lo conoció desde muy joven, con quien se comunicó intensamente, tanto personal como intelectualmente, y con quien mantuvo los vínculos a lo largo de todo su periplo vital. No es este libro una crónica de una vida ajena. Es la crónica de una amistad. Una amistad antigua, que empezó en los años de adolescencia, una amistad entre dos hombres que, en vida, se prolongó durante treinta años, con sus altos y sus bajos, y que hoy sigue bajo la forma de «comunicación entre los vivos y los resucitados», como el propio José Antonio no tiene ningún reparo en confesar. Así, el protagonista del libro no es tanto Alfonso, sino la amistad entre ambos y esto es lo que lo convierte en un texto apasionado, vibrante, lleno de emoción y de lirismo y, al mismo tiempo, lleno de épica y de pensamiento. Porque, no lo olvidemos, la amistad entre Comín y González Casanova fue una amistad *personal* pero fue, también y mucho, una amistad *política e intelectual*.

Con este libro, pues, no nos presenta José Antonio, ni lo pretende, *la* biografía definitiva sobre Alfonso Comín. Ésta, si acaso, se me antoja que sólo podría hacerla mi madre, Maria Lluïsa, aquella que lo acompañó día a día desde que se conocieron a los veinte años y con quien compartió, hasta el último momento y más allá, casa y causa, fe y familia, vicisitudes profesionales y militancia política. Aquella con quien fraguó su opción cristiana y su compromiso social. Una mujer sin la cual Alfonso Comín no habría podido ser quien fue, y para quien, por cierto, este libro ha

sido una sorpresa totalmente inesperada. Sin embargo, no siendo este libro la crónica de una vida sino de una amistad, hay en él multitud de cosas y de detalles importantes que ni el mejor de los biógrafos de Alfonso Comín hubiera podido contar. Porque el autor sabe cosas que nadie, sino él, podría saber. Puesto que «José» y Alfonso Carlos, como se llamaban el uno al otro por entonces, se conocieron en un momento decisivo de la vida, al menos, de la suya. Años fundamentales para el reconocimiento de su verdadera identidad como cristianos y para el descubrimiento de sus ideales políticos y sociales, aquellos que guiarían los pasos del uno y siguen guiando los del otro a lo largo de su trayecto como hombres públicos.

Por esto, José Antonio aparece en el libro como el testigo de un nacimiento: el de aquel intelectual comprometido y líder político que, con los años, sería por todos conocido como el «cristiano de izquierdas» o el «cristiano comunista» por antonomasia de la España franquista y de la Transición. Aquel joven que por entonces era visto por el autor como un «hermano mayor» y como un «agitador de conciencias». Y esta parte incipiente de la vida de Alfonso, de la que él pudo ser directo testigo, la narra José Antonio como quien transmite un tesoro personal, como quien abre su memoria al modo de un joyero donde se guarda una piedra preciosa que no se puede mostrar sin estremecimiento, como quien tiene el deber de comunicar su recuerdo, tan cargado de sentido que parece casi intransferible, para que sirva de semilla fecunda a las generaciones venideras. Y, al mismo tiempo, todo este pasado lleno de promesas y preñado de futuro nos lo testimonia de manera lúdica, alegre, intensamente vital, como lo era su amistad de entonces.

Que nadie se confunda. Este libro tampoco pretende ser un homenaje. Podría fácilmente caer en ello, y sería perfectamente legítimo, pero no lo hace. José Antonio no intenta hacer de Al-

fonso un *homenot*, un figurón, alguien a quien, probablemente de manera merecida, deberíamos admirar. No. Entiendo que este libro quiere, simplemente, ser fiel al espíritu de Alfonso. ¿Y cuál es el modo de hacerlo? Haciendo que su memoria y su ejemplo sirvan de fuente de inspiración para dar nuevo brío y vida nueva a sus propias causas. Si Alfonso tiene que pasar a la posteridad —viene a decirnos el autor— que no sea como un icono al cual contemplar, sino como un acicate del cual aprender. Que sea una energía que nos ayude a renovar constantemente nuestro compromiso con sus compromisos. Según José Antonio, esto es lo que Alfonso querría que hiciésemos con su memoria... Y yo también estoy seguro de ello. Éste es, pues, el Alfonso Comín de este libro: no el objeto de un homenaje, sino un hombre al que se reconoce como una inagotable fuente de inspiración. Que en los tiempos que corren buena falta nos hace, lo demuestra el autor en las páginas finales del libro. Un libro nacido de la conciencia de que haber conocido de cerca un testimonio como el de Alfonso Carlos es un privilegio que no se debe desaprovechar, y a fe que José Antonio no lo desaprovecha. Porque su vida y su testimonio son hoy, en plena crisis capitalista y cuando el (falso) socialismo «real» se ha esfumado del horizonte, más necesarios que nunca. Un propósito, el del libro, que se podría resumir, a la manera de José Antonio, con este juego de palabras: «Vi y conocí a Comín, que era un ser poco *común*. Os lo tengo que contar: no podría dejar de hacerlo».

Mi padre, el texto lo deja bien claro, pasó su vida entregado a sus causas, sin calcular nunca precios ni recompensas. Lo hizo con la convicción que se alcanza cuando entendemos que nuestra existencia sólo tiene sentido si conseguimos «que nuestras causas valgan más que nuestras vidas», como magistralmente proclama Pedro Casaldáliga. ¿Cuál era la causa de Alfonso, que valía más que su vida misma? No vamos a revelar ningún secreto: era

«la causa» de Dios, esto es, la causa de la Vida plena, en esta Tierra y después de ella. Esa causa que el «cristiano por el socialismo» Comín entendía como el encuentro de la humanidad con Dios, ese abrazo entre Dios y los hombres que en la historia sólo podemos dar de manera provisional a través de la caridad y que, después de la muerte podemos dar de manera definitiva por medio de la resurrección. Pero la caridad entendida a la manera de Mounier, cuando escribía que «la política es la forma más alta de la caridad». La caridad entendida como una tarea colectiva y de verdadera liberación.

Fe en la Tierra —título de la autobiografía espiritual de mi padre, escrita por encargo— significa fe *desde* la Tierra, pero también y sobre todo, fe en que la Tierra puede cumplir el proyecto de Dios. Proyecto que es la fraternidad universal y la justicia plena, la liberación de los pobres y de los explotados y la construcción de una sociedad sin clases, de hombres y mujeres libres e iguales, en el seno de una humanidad emancipada. *Fe en la Tierra* significa fe en la posibilidad de que la Tierra sea un digno espejo de la de Dios. Del Dios de Jesús, que no es otro que el Dios-amor. ¿Podemos los hombres construir una Tierra-amor? «Caín, Caín: ¿dónde está tu hermano?» «La verdad, Pilatos, es ésta: estar al lado de los pobres y los que sufren.» Frases que jalonan las obras de mi padre y que le marcaron desde su primera juventud. A esta causa, la causa de la construcción de una Tierra-amor, dedicó Alfonso Comín sus días y sus noches, con una entrega movida por la esperanza de liberación plena porque, como diría Bloch, el «principio esperanza» es la raíz última del ser humano. Una entrega y una esperanza que José Antonio nos revela como la identidad última de su amigo.

Pero el autor nos hace entender más cosas: para construir una Tierra-amor hay que luchar contra el egoísmo, al lado de sus víctimas, para que dejen de serlo. Y el capitalismo es el egoísmo

convertido en sistema económico y político, en estructura, en cultura. Hay, por tanto, que luchar contra este sistema. Si sus víctimas se organizan en sindicatos y en partidos marxistas, hay que juntarse con ellas allí donde estén. La fe y la esperanza en la Tierra-amor no son nada si no se encarnan en cada contexto social é histórico concreto, en la circunstancia que a cada uno le toca vivir. En la España franquista, ponerse al lado de las víctimas del capitalismo era pasarse al bando contrario de aquel en el que Alfonso (Carlos) y José (Antonio) habían nacido: era ponerse del lado de los derrotados de la guerra civil, esa versión hispana –y, por tanto, cainita– de la lucha de clases. Había pues, que hacer la revolución, pero no sólo en España, sino en todos los países y en todos los continentes, porque el capitalismo –el egoísmo institucionalizado, el «desorden establecido», el «pecado estructural»– actúa en todo el mundo. Y había que hacerla democráticamente, pacíficamente e incluso, me atrevo a decir, alegremente, para instaurar una Tierra-amor que fuera un reflejo digno del Dios-amor. ¿Cómo se podría ser cristiano sin ser revolucionario? La fe en la resurrección y el compromiso con la revolución, para Alfonso, estaban indisolublemente unidos. Porque, como dice el verso de su queridísimo Ernesto Cardenal, «la revolución es sobre todo una cuestión de amor». ¿Cómo podría ser de otra manera? Por esto, no por ningún otro motivo, mi padre quería ser un «cristiano en el Partido» (de la revolución) y un «comunista en la Iglesia» (depositaria de la fe, personal y colectiva, en el Dios de Jesús.)

Una de las metáforas más bellas, de las muchas que jalonan el libro, es la de que Alfonso aceptó vivir como una «terminal de Dios». Ésta es la misión que Dios nos tiene reservada a todos: ser terminales suyas. Como en su caso, si uno se convierte en terminal de Dios, de repente la vida se llena de sentido. No sin pagar un precio por ello: cárcel, represión, censura, etc. Viniendo de

una familia instalada en el corazón mismo del régimen como era la suya, se comprenderá fácilmente que, en principio, nadie pasa por todos estos sacrificios pudiendo tener una brillante carrera política franquista, o una tranquila vida de profesional bien relacionado, a no ser que le ocurra algo extraño a uno.

Pero a Alfonso, efectivamente, le ocurrió algo extraño: su fe era de verdad. A partir de aquí, no es que uno se comprometa, sino que «se encuentra» comprometido, más allá de su propia decisión. ¿Será Dios mismo quien empuja este compromiso? Sin saber muy bien cómo, uno se descubre a sí mismo apostando por el equipo equivocado, el de los perdedores, el de los de abajo, y para esta apuesta práctica, histórica, política, sólo encuentra una «razón» espiritual. Todos cuantos conocimos a mi padre coincidimos en algo que José Antonio sabe transmitir bellamente a lo largo de su narración: mi padre, más allá de las muchas renunciadas por las que tuvo que pasar, daba la impresión de estar embargado por una inexplicable plenitud, una fulgurante vitalidad, una admirable pero incomprensible consistencia, una extraña alegría de vivir. Una misteriosa forma de felicidad, en suma, que Josep Maria Castellet —en su también reciente y bella crónica de su amistad con mi padre, que el autor reproduce y comenta en el libro— considera el secreto último de la seducción, en general, y de la de Alfonso en particular. Un secreto que, para el crítico literario y editor, sólo podía proceder de su dimensión mística, de la cual provenía lo más profundo de su atractivo.

Terminaré con un recuerdo de mi infancia. Me acuerdo vivamente de la afición entusiasta que mi padre tenía por el *Robin Hood* de Errol Flynn. Desde pequeño, hice mía su simpatía por esta película, que en mi caso muy pronto se convirtió en devoción. En la tele de casa, sólo la podíamos ver en blanco y negro. Tendría yo siete u ocho años cuando la proyectaron en el cine, a todo color —diría que en el Atlántico, la sala situada en el portal

vecino de la casa de las Ramblas, o en el Capitol, apenas unos metros más arriba— y mi padre me llevó a verla con él. Le recuerdo de pie, con las luces de la sala ya encendidas, con cara de radiante satisfacción y como de total asentimiento. Con el tiempo, caí en la cuenta de hasta qué punto Robin Hood podía ser una bellá metáfora de mi padre y de su contexto histórico. En la Inglaterra del siglo XII, Juan sin Tierra había usurpado el trono del verdadero rey, Ricardo, del mismo modo que, en la España del siglo XX, el nacionalcatolicismo había secuestrado el mensaje cristiano y lo había tergiversado. Así como Juan hacía un uso perverso de la corona, el franquismo había hecho un uso perverso del Evangelio. Así como Robin Hood hacía todo lo posible para restaurar al verdadero soberano, Alfonso Comín había trabajado incansable para hacer posible «la reconstrucción de la Palabra». Si Robin había plantado a los nobles, de cuya casta procedía, y se había juntado con los proscritos del reino inglés por fidelidad al auténtico rey, Alfonso Comín se había pasado, en nombre de la verdadera fe, del lado de los vencedores en aquella infame Cruzada de «cristianos» contra «ateos», al lado de los vencidos. Del mismo modo que Robin Hood robaba a los ricos para dárselo a los pobres, Alfonso organizaba sindicatos, impulsaba partidos revolucionarios, del FLP al PSUC, pasando por Bandera Roja, para hacer una revolución democrática y construir una sociedad sin clases.

¿A qué vienen este recuerdo infantil y la comparación que me evoca, que no niego que a algunos podrá parecer un tanto absurda? Se me ocurre que, si Alfonso venía a ser Robin y Juan sin Tierra el nacionalcatolicismo usurpador del verdadero cristianismo, ¿no sería José Antonio una especie de *Little John*, el fiel compañero de andanzas de Robin, a menudo con su pequeño laúd, cual juglar presto a cantar sus hazañas? Confieso que, mientras leía este libro que ahora prologo, su autor se me aparecía

como el *Little John* de aquella historia. Un *Little John* que sigue hoy narrando las gestas de su amigo Alfonso, con indestructible fidelidad por mucho que pasen los años. Un juglar que va cantando por las plazas y las calles de los pueblos de nuestra «Inglaterra» contemporánea, con el fin de mantener viva la memoria de su camarada porque es consciente de que en estos tiempos de «muy baja Edad Media», es decir, de fin de época, sólo podrá superarse de una manera humana la actual crisis capitalista, que nos amenaza como una nueva peste medieval, si hacemos nuestros los sueños despiertos de nuestro particular Robin Hood. Igual que a los hombres y mujeres con oscura pena en el Nottingham de celuloide sólo se les iluminaba la cara cuando oían hablar de Robin, creo que José Antonio está persuadido de que pocos recuerdos como el de Alfonso podrán devolvernos la esperanza en otro mundo posible. Por esto, comprendo muy bien el empeño de José *Little John* por poner ante los ojos del lector el carácter carismático y seductor de este Robin Hood contemporáneo que fue Alfonso Comín, mi padre, bastante más místico que Errol Flynn, pero tan socarrón y vital como él.

Sea como sea, no quiero acabar sin rescatar la parte de la historia de Robin Hood que nunca aparece en las películas. Lo que éstas no cuentan es que, después de la muerte de Robin, su hijo heredó de su padre la amistad con *Little John*. Y que, cuando el hijo de Robin era un muchacho, *Little John* le contaba las andanzas juveniles de ambos y le cantaba canciones que relataban aquellas horas únicas y mágicas de adolescencia, cuando todo empezó. Y le hacía ver hasta qué punto las dos almas de su padre —el luchador incansable, el intelectual comprometido, el líder insobornable, el místico revolucionario, por un lado, y el hombre rotundamente alegre, cariñoso, tierno y cálido, por el otro— no sólo no eran incompatibles, sino, justamente, todo lo contrario: eran las dos caras de la misma moneda. Esta parte de la historia,

como digo, nunca la he visto en las películas. Pero ya se sabe... las leyendas siempre acaban olvidando partes fundamentales de aquello que pretenden contar.

TONI COMÍN